

vuelve con la misma ligereza por la circunferencia del mundo, dejando impresa la señal de su doctrina... Son como piedras preciosas salteadas por ropas de gran precio, que arrebatan los ojos con sus lumbres.»

Honra fué de la escuela sevillana el maestro Mal Lara; honra también el arqueólogo poeta Rodrigo Caro, que acotó para sí otra provincia del *folk-lore* venidero, ilustrando los juegos de los muchachos con todo el caudal de su erudición grecolatina. Tan calificados precedentes tenía en la región bética la investigación del saber popular, y como si ellos no bastasen, tuvo Andalucía la fortuna de poseer en nuestro siglo el puro delicado ingenio de *Fernán Caballero*, cuyo realismo sano, y aun pudiéramos decir angelical, se ejerció siempre en la observación de las costumbres tradicionales, idealizándolas en cierto modo, pero labrando hondamente en la cantera del documento vivo, y trasladando á sus libros, no sólo rasgos de pasión y de ingenuidad sublime de los que «no se inventan», según su propia expresión, sino un material riquísimo y enteramente auténtico de cuentos y cantares, de rimas infantiles, de oraciones, de acertijos, de refranes y dichos agudos y sentenciosos; en suma, de todas las manifestaciones artísticas y formales del alma andaluza,

recogidas de la viva voz del pueblo: cosa, si no enteramente inusitada en España, muy lejana, por lo menos, de los hábitos de nuestros novelistas románticos. Como texto de *folk-lore* fueron estudiadas las novelas de *Fernán Caballero* en un opúsculo de Wolf, y alentada por sus aplausos la insigne escritora, que tenía plena conciencia de este trascendental aspecto de sus obras, inaccesible á todos los cambios del gusto, coronó su labor artística con la tarea, más modesta, pero no menos meritoria, de recoger en dos ó tres pequeñas colecciones algunas de las flores del verjel popular, que tan diestramente sabía entretener en sus relatos.

Lo que *Fernán Caballero* había realizado por instinto y sentimiento poético lo emprendió con miras científicas, no siempre loables, pero con un ardor y entusiasmo á toda prueba y en una dirección metódica que es justo agradecer, la *Sociedad del Folk-lore Andaluz*, fundada por los años de 1880, á imitación de la cual surgieron otras varias en diversas regiones de la Península, si bien ninguna alcanzó el grado de actividad que la sevillana, de la cual fué alma en sus primeros tiempos el malogrado joven D. Antonio Machado y Alvarez (*Demófilo*), á quien secundaron, con otros varios colaboradores, el tierno y elegante poeta D. Luis Montoto,



el ingenioso Juan Antonio de Torre y Salvador (*Micrófilo*), y muy especialmente nuestro Rodríguez Marín. Resultado de este movimiento, que ya cesó, como tantos otros impulsos útiles, fueron los doce tomos de la *Biblioteca de las tradiciones populares españolas* (1882-1886), las revistas tituladas *El Folk-lore Andaluz* (1882), *El Folk-lore Bético-Extremeño* (1883) y el *Boletín Folk-lórico Español* (1885); las coleccioncitas de *enigmas* y de *cantes flamencos* de Machado, la segunda de las cuales dió ocasión al magistral estudio de Hugo Schuchardt sobre la fonética andaluza (1880-81), el opúsculo de *Micrófilo* sobre *El Folk-lore de Guadalcanal* (1891), y otra porción de trabajos de mayor ó menor extensión, entre los cuales debe ocupar el primer puesto la opulenta colección de *Cantos populares españoles*, rocgidos, ordenados y doctamente ilustrados por D. Francisco Rodríguez Marín (1882-1883).

El examen atento y minucioso de esta obra, una de las más capitales que ha producido el movimiento popularista en cualquier país de Europa, fué hecho al tiempo de su aparición por nuestra primera autoridad en estas materias, mi siempre venerado maestro el doctor Milá y Fontanals, el cual, con ciertas reservas que estimó necesarias en cuanto al

espíritu de alguna nota, porque entonces las ideas del Sr. Rodríguez Marín no estaban tan maduras como ahora, ni pasan en balde los años para hombres de su buen seso, encomió sin restricción alguna la diligencia del autor que raya en maravillosa, el ingenioso plan de la colección, la riqueza de observaciones fonéticas y sintácticas, las abundantes noticias de costumbres y tradiciones y los numerosísimos paralelos con la poesía lírica popular de Italia y de las diferentes lenguas románicas de España. El aplauso de la crítica extranjera, comenzando por el sabio filólogo Schurdadt y por los dos grandes maestros de la novelística comparada, Köhler y Liebrecht, fué unánime y entusiasta, y los que en Italia y en Portugal se ejercitaban en análogas investigaciones, Pitré, Teófilo Braga, Consiglieri Pedroso, Leite de Vasconcellos, encontraron en Rodríguez Marín un colaborador de sus tareas y en su libro un espléndido complemento de sus propios trabajos; porque la poesía popular, con ser lo más castizo que existe, es al mismo tiempo lo más universal y humano, y no se la puede estudiar á fondo en una región determinada sin que este estudio difunda nueva luz sobre toda la poesía de la raza; y aun sobre toda la poesía del género humano.



Precedentes tenía la obra de Rodríguez Marín; pero todos quedaron como absorbidos y anegados en ella. El escribano vizcaíno Zamácola, disfrazado con el seudónimo de *Don Preciso*, tuvo el mérito de coleccionar antes que nadie (1805) «coplas de seguidillas, tiranas y polos para cantar á la guitarra»; pero ni eran rigurosamente populares la mayor parte de estas composiciones, ni él acertó á presentarlas en orden lúcido y ameno, sin duda porque le preocupaba la música más que la letra. Pero es imposible dejar de mencionar con justo encomio el *Cancionero popular* de Lafuente Alcántara (1865), tanto por las ideas generales expresadas en su notable prólogo, como por lo copioso y ordenado de la colección misma. Su libro fué el primero de cantos populares que cayó en manos de Rodríguez Marín, cuando apenas contaba diez y seis años, y tanto le encantó su lectura, que desde luego se convirtió en coleccionista, primero en Osuna y su comarca, luego en otras partes de Andalucía, y, por correspondencia, en diversas provincias de España. Siete años le bastaron para reunir hasta trece ó catorce mil cantares, de los cuales, oportunamente seleccionados y cribados por su fino gusto y clara comprensión de la estética popular, vinieron á quedar en pie los 8.174 que se

contienen en los cinco tomos salidos de las prensas sevillanas en 1882 y 1883, y enteramente agotados ya, porque ha habido pocos libros españoles que tanto hayan solicitado y buscado fuera de España los amadores de la poesía nativa y espontánea, que en pueblos de tan viva y luminosa fantasía como el andaluz suele juntar la pureza de la forma con el encanto de la inconsciencia.

Cualquiera que conozca el texto y las notas de esta colección se sentirá tentado á creer que el autor ha agotado la materia. Y, sin embargo, sabemos que prepara una completa refundición, en que ha introducido géneros nuevos, como los romances, y ha acrecentado enormemente, no sólo el número de las canciones (que ahora pasan de quince mil) y de los paradigmas extranjeros, que no tienen número, sino el caudal, ya tan rico, de apuntes filológicos, históricos y etnográficos, viniendo á formar todo ello una verdadera enciclopedia del arte y del saber popular, que difícilmente será superada en España.

Porque el *Cancionero* de Rodríguez Marín no es, como tantos otros, una masa confusa é indigesta de coplas que es imposible leer seguidas, por su falta de enlace, y que, presentadas en tal desorden, ni producen verdadero regalo en la fantasía, ni pueden



servir para ningún estudio trascendental. Es, por el contrario, un libro concebido y ejecutado con plan maduro, entre artístico y científico, y con todo el método que permite una producción poética tan espontánea, tan libre y exuberante. El sistema de clasificación no se funda en circunstancias exteriores, como las formas métricas, que en la poesía popular no suelen ofrecer gran variedad ni riqueza, siendo fácil reducirlas á dos ó tres tipos muy característicos; sino en algo menos formal y mucho más hondo é instructivo: en el contenido psicológico de los cantares mismos, que, estudiados de esta manera, vienen á ser trasunto de la vida humana desde la cuna al sepulcro, espejo de la sociedad en sus diversos estados y condiciones, y, finalmente, inmensa biografía de un personaje colectivo que en este drama de innumerables actos nos revela, por medio de la efusión lírica, y sin ambages, lo más recóndito de su sentir, de su pensar y de su querer. Así, las desdeñadas coplas, de las cuales todavía más que de los romances puede decirse con Lope de Vega que «nacen al sembrar los trigos», cobran el valor de un documento antropológico de primer orden, que ni la historia ni la literatura erudita, ni siquiera la flamante *sociología*, pueden suplir.

Así lo ha entendido el Sr. Rodríguez Marín, y por eso su obra vale lo que vale, y puede ser leída de punta á cabo con especialísimo deleite y provechosa enseñanza. Y así pudo decir con justo orgullo y profunda sinceridad en su prólogo que estaba persuadido de que esta obra «de había de sobrevivir durante años y siglos, porque en sus páginas irradia hermosísima luz la poderosa fantasía colectiva de sus compatriotas, y palpita, vivo y ardiente, el corazón de un pueblo tan noble, tan sensible, tan glorioso y grande como el español».

Para dar alguna idea de este tesoro poético á quien tenga la desgracia de no conocerle, bastará apuntar que su primer volumen está consagrado enteramente á la que pudiéramos llamar poesía *infantil*, no porque los niños la compongan, sino porque se hace y compone para los niños, ó se transfigura al pasar por sus inocentes labios. Puede decirse que antes de entrar en la vida consciente entra el niño en el arte *folk-lórico* mediante las *nanas* ó canciones de cuna. La poesía le acompaña en los ejercicios de su menor edad; suelta su voz por medio de ingeniosos trabalenguas; se asocia á sus juegos y los dramatiza; pone en sus labios las primeras oraciones; le da el primer conocimiento empírico de los fenómenos naturales por medio de los



cantarcillos á la lluvia, á la luna y á varios animales; aguza su ingenio con los acertijos y adivinanzas; le abre las puertas de la región encantada de los cuentos, y á veces perturba su mente con ensalmos y conjuros, en que se mezcla algo de apócrifo y supersticioso. En estas producciones se encuentran más vestigios de arcaísmo que en ningunas otras de las que el pueblo crea ó adopta. La canción amatoria, por ejemplo, nace y muere en cada nueva primavera; pero todo lo que se refiere al niño tiene algo de permanente y aun de misterioso y sagrado. Los cantos de cuna, ciertos juegos y las letras que los acompañan parecen restos de una tradición antiquísima, que se encuentra en los pueblos y razas más diversas. No hay deformación vulgar que llegue á empañar del todo el interés humano y pético de esta balbuciente literatura. Al ilustrarla el Sr. Rodríguez Marín parece que ha echado el resto de su erudición amena é ingeniosa, mostrándose digno émulo y continuador del grande humanista de Utrech que escribió los *Días Geniales*. Pero ha hecho más todavía, poniendo en sus notas, para quien sabe leerlas, la simpática ternura de su corazón de padre amorosísimo, que se complace en llevar la luz de la ciencia y del sentimiento pético hasta el último rincón de las recreaciones infantiles.

No menos que dos tomos, casi la mitad de este Cancionero, ocupan las coplas de amor, tema eterno de la musa popular, lo mismo que de la artística, que, á vueltas de otras ventajas, suele quedar inferior á la primera en concisión y gracia. Con ser tantas estas fugaces inspiraciones y tan flotante é indeciso su contenido, tampoco se presentan aquí en selva confusa, sino clasificadas conforme á los distintos períodos y fases de la pasión amorosa, desde los primeros indicios de su existencia hasta que el drama del amor se desenlaza por el matrimonio, ó bien por el hastío, el desdén, el odio, ó la muerte de uno de los dos amantes.

La parte que pudiéramos llamar didáctica y de varia lección comprende buen número de cantares *sentenciosos* y *morales*, que son máximas y documentos de sabiduría práctica; una sección muy instructiva de cantares *geográficos*, que no han de tomarse al pie de la letra, pues han nacido las más veces, ó de engreimiento local, ó de malquerencia de unos pueblos con otros; gran tropel de coplas jocosas y satíricas de carácter general, y muchas que determinadamente aluden á las costumbres de ciertos grupos sociales entre quienes esta casta de poesía ha solido florecer con singular pujanza, tales como estudiantes, soldados, marineros, contrabandistas y gua-



pos ó valentones, sin que falte la aflictiva sección de coplas *carcelarias*, no indiferentes, por cierto, para el penalista y el filántropo.

En torno de esta grande obra de los *Cantos populares* se agrupan otras producciones *folk-lóricas* de Rodríguez Marín, que apenas me es dado reseñar aquí. En la linda narración *Juan del Pueblo* (1882), que ha obtenido los honores de la traducción en varias lenguas, dió un modelo de interpretación artística de las coplas populares, tejiendo con varias de ellas una sencilla y conmovedora historia amorosa. Con el modesto título de *Cinco cuentezuelos populares andaluces* (1880) publicó una monografía que mereció el calificativo de *magistral* nada menos que de parte de Reinhold Köhler, el hombre más docto de Europa en materia de cuentos y de novelística popular. Recogiendo de la tradición oral *Mil trescientas comparaciones populares andaluzas* (1889), *anotadas y concordadas con las de algunos países románicos*, hizo magnífico alarde de la opulencia de la lengua castellana y de la viva y rápida intuición con que los pueblos meridionales perciben las analogías de las cosas, por muy apartadas que parezcan, y las engrandecen con hipérbolos chistosísimas.

Pero ¿qué es todo esto, con ser tanto, si fijamos la atención en otra rama de estudios

populares en que el Sr. Rodríguez Marín ha avanzado con pasos de gigante y prepara un monumento rival de su *Cancionero*? Más de veinte mil refranes españoles tiene acopiados ya, y estudiados y concordados como él sabe hacerlo. Sobre ellos disertó al ingresar en la Academia Sevillana de Buenas Letras, y aquel bellissimo discurso puede considerarse como la exposición cabal de su teoría paremiológica. Y en tanto que su grande obra llega á la perfección que él procura en todas las suyas, nos va adelantando algunas muestras y fragmentos de ella, que dan idea del método y de la riqueza total, que, por ser tanta, acaso no pueda reducirse á un solo libro, y ofrezca material suficiente para varios refraneros de diversas materias. Así ha nacido el libro de *Los Refranes del Almanaque* (1896), que recopila en parte los de meteorología, cronología, agricultura y economía rural, y no tardarán en seguirle la *Paremiología geográfica de España* y los proverbios jurídicos (*Adagialia juris*).

Por tantos y tan varios modos se ha puesto el nuevo académico en trato íntimo con el alma popular, con el alma de la tradición, «aquella vieja inmortal que tiene mucho de santa y no poco de bruja, y á quien suelen pintar sentada junto á la vivificadora llama de la chimenea campesina y rodeada de mu-



chachos que la escuchan con atención y asombro», como él mismo bella y poéticamente la representa. Su gloria en este punto es envidiable, y debe de regocijar su corazón más que ninguna otra, porque, en medio de su ingénita modestia, comprende la trascendencia social de su labor, toda reconstructiva y de primera mano, y, por decirlo así, reintegradora de la conciencia nacional. Él solo entre nuestros contemporáneos ha podido escribir estas palabras al frente de uno de sus libros: «Allí donde el pueblo canta sus alegrías y sus penas, ó narra sus interesantes tradiciones y sus sabrosos cuentos; allí donde muestra su saber por medio de los refranes, acertadamente llamados *evangelios chicos*, ó sus heredados errores por medio de agüeros, oraciones supersticiosas y fórmulas mágicas; allí donde dice lo que de suyo se le ocurre, con su inimitable originalidad, con sus candorosos eufemismos, y su noble franqueza, y sus equívocos maliciosos, y sus características hipérboles, y su gracia peculiar, y su fonética especialísima, allí he solido estar yo, de veintisiete años á esta parte, anotando y estudiando, cuan despacio pude, las desdeñadas, pero admirables producciones del ingenio vulgar.» De este modo ha podido ser y mostrarse en sus notas filólogo, mitógrafo, etnógrafo, sin perder nunca

su condición de poeta. Y todo lo ha sido, no por infusión de cultura europea mal digerida, como suelen presentarse aquí los estudios nuevos, sino por penetración inmediata y directa de la realidad española en que vive, y por el esfuerzo de una voluntad perseverante puesta al servicio de un entendimiento ágil y clarísimo, lleno de agudeza, de animación y de gracia.

Si Rodríguez Marín fuera uno de esos espíritus que pedantescamente suelen llamarse *unilaterales*, hombres de un sólo libro ó de una sola disciplina científica, habría sido muy de temer que este culto de la musa popular, rayano en idolatría, le hubiese hecho injusto en la estimación de las bellezas de la poesía artística: escollo en que suelen tropezar los *folk-loristas* vulgares, capaces de preferir los aullidos de los caníbales á las odas de Horacio, por considerarlos más espontáneos, en lo cual tienen razón que les sobra. Nuestro amigo no pertenece á tan extravagante secta. Su alma hospitalaria respeta el ingenio individual lo mismo que el colectivo, y lo primero que reclama de toda poesía, vulgar ó erudita, es que sea verdadera poesía; que exprese bella y sinceramente un estado afectivo; que haga vibrar por simpatía las cuerdas de nuestra alma; y cuando no llega á tanto, que compense si-



quiera con los aciertos y primores de la ejecución lo que puede haber de trivial en su contenido. Eruditas son sus propias poesías, y nada pierden por su noble distinción técnica, pues el sentimiento es vivo en ellas y á veces profundo.

Por eso el Sr. Rodríguez Marín pudo pasar sin violencia alguna desde la región humilde y desdeñada del canto popular hasta la región aristocrática en que batía sus alas nuestra musa lírica del Renacimiento, educada en la severa escuela de latinos é italianos. Una circunstancia casi fortuita vino á marcar desde 1894 este nuevo rumbo á sus trabajos y aficiones. Había preparado el difunto humanista antequerano D. Juan Quirós de los Ríos, infatigable escudriñador de las antigüedades de su ciudad natal, una nueva edición de las *Flores de poetas ilustrados* de Pedro Espinosa, «libro de oro, el mejor tesoro de la poesía castellana que tenemos», en el concepto algo hiperbólico de Gallardo, y de todos modos libro capital para el estudio de los líricos castellanos y andaluces de fines del siglo XVI, y especialmente de los grupos poéticos de Granada y Antequera. Quirós de los Ríos había revisado escrupulosamente el texto de la edición de Valladolid, de 1605; había escrito bastantes notas y observaciones oportunas y dis-

cretas, y recogido gran caudal de noticias para ilustrar las biografías de los poetas, algunos muy oscuros, que la antología de Espinosa comprende. Tenía copiado además un precioso códice de la biblioteca granadina de los Duques de Gor, que contiene una segunda parte, hasta entonces inédita y desconocida, de las *Flores*, preparada por el licenciado Agustín Calderón en 1611, y no menos interesante que la primera, aunque, por desgracia, el manuscrito es muy incorrecto. La empresa del Sr. Quirós de los Ríos, como tantas otras empresas literarias buenas y loables, encontró generoso Mecenas en el Marqués de Jerez de los Caballeros, á cuyas expensas comenzaron á imprimirse en Sevilla ambas antologías, con el primor acostumbrado en las ediciones para bibliófilos que entonces salían de las prensas de Rasco. La repentina muerte de Quirós, muy á los principios de la publicación, habría sido rémora invencible para continuarla si el Sr. Rodríguez Marín no hubiese echado valientemente tal peso sobre sus hombros, movido por sentimientos todavía más nobles y dignos de respeto que el entusiasmo literario. Esta bella edición (1896), cuyas notas críticas son un copioso repertorio de variantes, comparaciones y advertencias útiles sobre diversos puntos de



gramática y versificación, honra, sin duda, la memoria del diligente erudito que trazó su planta y la sacó de cimientos; pero no honra menos el buen celo del que supo añadirle tantas piedras finamente labradas, tantas especies curiosas y peregrinas. Para el Sr. Rodríguez Marín tuvo además la ventaja de hacerle conocer y estudiar menudamente una legión de ingenios muy dignos de salir de la triste penumbra en que la historia literaria suele envolver á los poetas llamados de segundo orden, que no dejan de ser á veces muy galanos y simpáticos poetas, cuyo trato interesa y cautiva en gran manera á los que gustan de impresiones nuevas y personales fuera de los senderos demasadamente trillados. Conocidos y saboreados los versos de tales ingenios, entró en deseo de saber los casos y andanzas de su vida, para lo cual ya daban alguna luz, aunque á veces no hacían más que irritar la curiosidad, los papeles y notas recogidos por Quirós de los Ríos. Entre los que entonces concurríamos á la inolvidable tertulia literaria que tenía en su casa de Sevilla el Duque de T'Serclaes de Tilly surgió el propósito de publicar un tomo complementario de biografía de los poetas de las *Flores*, encomendándolas á varios literatos de dentro y fuera de Andalucía. Fracasó aquel proyecto, como

suelen fracasar los proyectos colectivos, y rara fué la biografía que llegó á imprimirse; pero el Sr. Rodríguez Marín cumplió bizarramente por todos, escribiendo en dos libros que no morirán la biografía literaria de Barahona de Soto, uno de los principales poetas de las *Flores*, y la del propio colector Pedro Espinosa. Nuestra Academia premió ambos libros: por ellos resonó con gloria el nombre de España dondequiera que se rinde culto á los buenos estudios, y uno y otro deben servir de modelo á los que se ejerciten en la ardua tarea de dar luz á las cosas pasadas, novedad á las más vetustas, interés y realce á las que parecen más pequeñas. Los poetas más grandes de nuestro Parnaso, los maestros más excelsos de nuestra prosa, esperan todavía y esperarán por mucho tiempo un biógrafo semejante. Si sus sombras inmortales pudieran tener celos, incompatibles con su gloriosa naturaleza, los tendrían seguramente de estos autores, tan oscuros ayer y hoy rehabilitados de una manera tan espléndida. No se me oculta que á algunos espíritus impacientes y enamorados de un falso ideal de grandeza, que afectan no mirar en literatura más que las cumbres y viven condenados á la monotonía de lo sublime, habrá parecido quizás excesiva y aun superflua la diligencia con que el



Sr. Rodríguez Marín ha indagado cuanto puede decirse y saberse, no sólo de los dos sujetos biografiados, sino de otros innumerables que con ellos tuvieron alguna relación ó enlace. Pero á tal reparo, que sólo prueba lo extraviadas que suelen andar las ideas críticas, ya dió triunfante contestación nuestro académico en estas palabras de gran sentido, que todo investigador serio no puede menos de hacer suyas: «Por ventura, ¿no hemos salido aún de aquella torpe rutina que tuvo concretada nuestra historia política á muy poco más que biografías de reyes y descripciones de batallas, y la historia de nuestros sabios y artistas á unas cuantas docenas de esbozos biográficos? La historia literaria de España está á medio conocer y, por tanto, á medio escribir: todavía se nos esconde una gran parte de la abundantísima labor hecha en España durante los mejores siglos de nuestra literatura. Están á la vista de todos los grandes hitos que indican por dónde cruzaban las vías; pero apenas se conocen muchos recodos, prominencias y depresiones del gran camino que á las letras patrias abrió la serie gloriosa de sucesos prósperos á cuyo benéfico influjo se debió el Renacimiento. Y ello es que así como la historia social de España no podrá escribirse con entero acierto y con la necesaria copia

de datos mientras no se estudien las historias locales, sumandos, digámoslo así, de la general, del mismo modo la historia literaria de aquellas grandes centurias no podrá estudiarse como es de apetecer hasta que prolijas y fatigosas investigaciones saquen del polvo de los archivos y bibliotecas á la clara luz del día las obras de los escritores de aquella época, y hasta que se averigüe minuciosamente la vida de aquellos ingenios, ya que tal indagación es cosa imprescindible para el provechoso análisis de sus producciones... En la historia social, política y literaria, como en la natural, no hay hechos insignificantes, no hay sumando que no aporte á la suma un valor importante, máxime cuando en sociología todos los elementos se compenetrán, influyendo mediata ó inmediatamente los unos sobre los otros.»

Aparte de esta general consideración, ni Barahona de Soto ni Pedro Espinosa son ingenios para desdeñados, bien que el gran siglo en que nacieron los haya enterrado bajo el peso de su riqueza. El destino póstumo de Barahona es, por cierto, muy extraordinario. Un juego de palabras de Cervantes en el donoso escrutinio de la librería del Hidalgo Manchego ha salvado principalmente del olvido su poema *Las lágrimas de Angélica*. «Lloráralas yo (dijo el cura) si tal



libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fué felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.» No creo que esta mención laudatoria haya proporcionado muchos lectores á *La Angélica*; pero, en cambio, ha hecho subir de un modo exorbitante el precio bibliográfico del poema, como sabemos por dura experiencia los que hemos llegado á conseguirle. La égloga de *las hamadriades*, que es una feliz imitación ó más bien un hábil mosaico de todos los bucólicos antiguos, desde Teócrito hasta Calpurnio y Nemesiano, disfrutó de cierta fama tradicional entre nuestros humanistas, comenzando por Luzán, que veía compendiados en ella «todos los primores de la poesía griega y latina», y terminando por Quintana, que la admiraba mucho menos, pero no dejó de incluirla en su colección selectísima. Sedano había impreso con su habitual desaliño cuatro sátiras inéditas de Barahona y la *Fábula de Acteón*; pero ni en su texto, ni mucho menos en el mutilado de Böhl de Faber, podía formarse idea de la gracia y gentileza de aquella paráfrasis de Ovidio. Gallardo, finalmente, había dado á conocer la tabla y algunos extractos del códice misceláneo de la Biblioteca Arzobispal de Sevilla que nos ha conservado las

poesías de Barahona, revueltas con las de Juan de la Cueva y otros autores. La biografía del poeta yacía poco menos que ignorada; hasta su patria anduvo en litigio, y nadie antes de nuestro doctísimo D. Aureliano Fernández-Guerra acertó á leer la fecha aproximada de su nacimiento en las *Obras* de Gregorio Silvestre, donde está consignada como en cifra.

La vida y los escritos de este autor, á un tiempo tan célebre y tan desconocido, han dado al Sr. Rodríguez Marín suficiente materia para un tomo de cerca de novecientas páginas, que se lee, no sólo sin fatiga, sino con sabroso deleite. Prodigios del arte narrativo y de la investigación bien encaminada. Lo que se anuncia modestamente como el estudio biográfico, bibliográfico y crítico de un poeta, va creciendo sin violencia, por la fuerza misma de las cosas vistas en su integridad y plenamente comprendidas en todas sus relaciones, hasta llegar á ser la historia literaria de un período entero: la historia de la poesía y de la cultura andaluza en la segunda mitad del siglo XVI. La vida de Barahona de Soto, tal como la conocemos hoy, gracias á las tercas y afortunadas pesquisas de su biógrafo, estuvo exenta de todo género de peripecias novelescas; pero como su actividad intelectual se desenvolvió en los principales centros de Mediodía de España,



á ellos acude el biógrafo en persecución de su héroe; indaga quiénes fueron sus amigos, sus maestros, sus émulos; reconstituye el medio social en que se educó y floreció; le interroga sobre sus íntimos afectos; averigua las fuentes de su inspiración y los casos externos que la determinaron; toma asiento á su lado en las academias literarias; le acompaña en su bélica excursión contra los moriscos rebeldes; penetra en su estudio de médico y de poeta y nos da el catálogo de los libros con que apacentaba su espíritu. De esta suerte, y por la magia de esta combinación de hilos tenues y sutilísimos, la trama de la existencia individual se convierte en la trama de la existencia de un siglo, y Barahona, por lo mismo que no era un ingenio, ni un espíritu innovador, se nos ofrece como el *specimen* del hombre de letras en su tiempo. Nacido en Lucena, formado en la escuela humanística de Antequera, estudiante de Filosofía y de Medicina en Granada, en Osuna y en Sevilla, soldado en la Alpujarra, dos veces casado en Archidona y médico titular de aquella villa hasta su muerte, puede decirse que recorrió todos los grupos poéticos andaluces y recibió doctrina é influencia de todos ellos. En Antequera oyó á Juan de Vilches, el cantor latino de la Peña de los Enamorados; en Granada, al organista Gregorio Silvestre, discípulo y

rival de Castillejo en el primor de las antiguas coplas castellanas; en Osuna, al maestro Francisco de Medina, autor del elocuentísimo manifiesto de la escuela clásica que precede á las *Anotaciones á Garcilaso*; en Sevilla, al divino Fernando de Herrera, al canónigo Francisco Pacheco, á todos los que hacían reverdecer en aquella Atenas española el lauro inmarchitable de la Minerva bética. Era el poeta lucentino modesto de condición, fácil al consejo, respetuoso con los doctos, propenso á la imitación, ley general del arte literario en su tiempo; pero imitaba con primor, con discernimiento, mejorando á veces sus originales, y llegando á la perfección en algunos rarísimos momentos, sobre todo cuando escribía en metros cortos, de los cuales se mostró artífice mucho más diestro que de los endecasílabos toscanos. Sus *Lamentaciones de Amor*, tan dulces y sentidas, eclipsaron á las de Gregorio Silvestre; y las quintillas dobles de la *Fábula de Acteón*, y más todavía de la de *Vertumno y Pomona*, tan llena de espíritu y sabor ovidiano, no tienen nada que las iguale ó supere en el Parnaso de su tiempo, como no sea la divina *Canción de Nerea* de Gil Polo y la *Fábula de Endimión y la Luna* del también valenciano Gaspar de Aguilar. Ya he dicho que sus versos al modo italiano